

Santiago Sastre

Una palabra tuya bastará

Ed. Celya; Toledo, 2021

Cuando leo un libro –con más razón si es un poemario religioso– emerge, sin mi permiso, una inevitable aspiración de avenirse de corazón a corazón con el autor, de buscar indicios que encuentren resonancia en mi propia experiencia. Supongo que a todos nos pasa algo parecido. En mi caso, con interés cordial, se despliega el hábito arraigado de la *lectio divina*.

Leer es reescribir. Desde mis fondos simbólicos me encuentro con los fondos simbólicos del escritor. Los comparto y no es que los haga míos, sino que descubro mi identidad con ellos. Al igual que con la *lectio* –en la que el hombre se libera, se ilumina abriendo su interior en cuanto resonador de la Palabra– a través de *Una palabra tuya bastará* me he topado con mis propios límites y mis infinitudes también: lo infinito en lo finito, lo intemporal en el tiempo. Y esto tiene que ver con la liberación del hombre. Ésta es la redención. Es el grito de la humanidad bienvenida al *hogar*, que brota de las profundidades y desencadena una fiesta sin fin.

El opúsculo va mucho más allá de ser una lírica religiosa. El poeta ha hecho aflorar por la escritura sus propios símbolos y arquetipos. Los ha manifestado, expresado. El interior profundo de Sastre no sólo es el que protagoniza la lectura, sino el que aporta los materiales para hacerla posible. Rezuma fe. La fe tiene esa singular cualidad de que cuanto más nos envuelve más se nos escapa, acrecentando nuestro anhelo.

La fe, tan especialmente familiar para el escritor, está tan incrustada en nuestra piel, circula a borbotones por nuestras arterias y oxigena los pulmones del espíritu de tal manera que pareciera imposible que la vida fuera vida sin fe. Aunque *cada uno vive la fe desde su personalidad, desde su forma de ser*, nos deja abierta una puertaa la fascinante complejidad que es el ser humano, a los símbolos dormidos en la profundidad del lector, al reconocer los arquetipos que hacen transparente el enigma de su vida.

Un acercamiento abstracto y desapasionado hacia el mundo no nos produce más que vivencias de insuficiencia extremas, una pérdida del sentido del existir, y un agotamiento del deseo de ver las cosas más allá de su perspectiva utilitaria o superficial. Nuestro texto aporta otra manera de abrazarse a los eventos de la realidad, busca desvelar, para anclar el corazón en lo que permanece siempre oculto.

Con retazos de la cotidianeidad, de andar por casa, familiares para todos –así sucede con el Misterio que se ha encarnado, que se ha materializado–, destilando fragancia evangélica, bellamente entrelazados y esclarecidos, Sastre nos invita a percibir ese impulso sutil pero inextinguible que anima a la materialidad, y que nos vincula, misteriosamente, al universo entero, a unos con otros, porque *únicamente en la palabra compartida se da el mundo*. No es cuestión de cerrar los ojos, tampoco de disiparlos, sino de entrecerrarlos –que no es más que abrirlos de otra manera– para que entre una luz diversificada y rica en matices que posibilite acceder al secreto de las cosas.

Quiero agradecer al autor esta sincera y lograda tentativa por comprender la